

I

Una noche sombría de otoño. El viejo banquero recorría su despacho de un extremo al otro, recordando una velada que había dado quince años antes, también en otoño. Habían acudido a ella muchos hombres inteligentes y se habían entablado interesantes conversaciones. Entre otras cosas se habló de la pena de muerte. La mayoría de los invitados, entre los que se contaban no pocos sabios y periodistas, se manifestó en contra. La consideraban una forma de castigo anticuada, inmoral e impropia de un Estado cristiano. En opinión de algunos de los presentes, debería sustituirse en todas partes por la cadena perpetua.

—No estoy de acuerdo con ustedes —dijo el anfitrión—. No he probado la pena de muerte ni la cadena perpetua, pero, si se puede juzgar a priori, la pena de muerte me parece más moral y más humana que el confinamiento. La ejecución mata de golpe, mientras la reclusión perpetua lo hace poco a poco. ¿Qué verdugo es más humano, el que acaba con vosotros en unos minutos o el que os va arrancando la vida en el transcurso de varios años?

—Uno y otro supuesto son igualmente inmorales —apuntó uno de los invitados—, puesto que persiguen un único y mismo fin: privar de la vida. El Estado no es Dios. No tiene derecho a quitar lo que, en caso de quererlo, no podría restituir.

Entre los presentes se encontraba un joven de unos veinticinco años, abogado. Cuando le requirieron su opinión, dijo:

—Tan inmoral es la pena de muerte como la cadena perpetua, pero si me dieran a elegir entre una y otra, me decantaría, sin duda, por la segunda. Cualquier forma de vida es mejor que la muerte.

Se produjo una animada discusión. El banquero, que entonces era más joven e impulsivo, perdió de pronto la compostura, dio un puñetazo en la mesa y gritó, dirigiéndose al joven abogado:

—¡Mentira! Me apuesto dos millones a que no sería usted capaz de pasar cinco años recluso.

—Si habla usted en serio —respondió el abogado—, apuesto a que aguantaría no sólo cinco, sino quince.

—¿Quince? ¡Está bien! —gritó el banquero—. ¡Señores, pongo dos millones!

—¡De acuerdo! ¡Usted pone dos millones y yo mi libertad! —dijo el abogado.

¡Y esa brutal e insensata apuesta quedó sellada! El banquero, hombre mimado por el destino y de espíritu ligero, que en aquella época no habría podido contar todos sus millones, estaba encantado con la apuesta. Durante la cena bromeó con el abogado y dijo:

—Reflexione, joven, antes de que sea demasiado tarde. Para mí dos millones no son nada, mientras usted se arriesga a perder tres o cuatro de los mejores años de su vida. Digo tres o cuatro porque no aguantará usted más. No olvide tampoco, desdichado, que la reclusión voluntaria es mucho más penosa que la forzosa. La idea de que en todo momento tiene usted derecho a recobrar la libertad le envenenará la vida en su celda. ¡Me da usted lástima!

Ahora el banquero, mientras recorría la habitación de un extremo al otro, recordaba esos acontecimientos y se preguntaba:

«¿Qué sentido tiene esa apuesta? ¿Qué utilidad puede derivarse del hecho de que el abogado pierda quince años de vida y yo derroche dos millones? ¿Va a demostrarle eso a la gente que la pena de muerte es peor o mejor que la cadena perpetua? No y no. Es una tontería y un sinsentido. Por mi parte sólo fue un capricho de hombre acaudalado y por la suya simple ansia de dinero.»

Luego rememoró lo que había sucedido después de aquella velada. Se decidió que el abogado cumpliera su plazo de reclusión bajo la más estricta vigilancia en uno de los pabellones construidos en el jardín del banquero. Se estipuló que durante quince años no tendría derecho a atravesar el umbral, ni a ver a nadie, ni a escuchar voces humanas, ni a recibir cartas y periódicos. Se le permitía tener un instrumento musical, leer libros, escribir cartas, beber vino y fumar. Según las condiciones del acuerdo, sólo podía relacionarse con el mundo exterior en silencio, a través de un ventanuco practicado ex profeso para cumplir ese cometido. Cualquier cosa que necesitara, libros, partituras, vino y demás, le sería procurada mediante petición escrita, en las cantidades que solicitara, pero sólo a través del ventanuco. El pacto preveía todos los detalles y minucias que aseguraban el rigor de la reclusión y establecía que el abogado debía permanecer encerrado exactamente quince años, desde las doce del 14 de noviembre de 1870 hasta las doce del catorce de noviembre de 1885. La menor tentativa de adelantar ese plazo, aunque sólo fuera un par de minutos, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año, el abogado, por lo que sus breves notas dejaban traslucir, había sufrido los fuertes embates de la soledad y el tedio. A todas horas, tanto de día como de noche, salían del pabellón acordes de piano. Rechazaba el vino y el tabaco. El

vino, escribía, despierta los deseos, y los deseos son los principales enemigos del preso; además, no hay nada más aburrido que beber un buen vino en soledad. En cuanto al tabaco, enrarecería el aire de la habitación. Durante el primer año requirió ante todo libros de carácter ligero: novelas con complicadas intrigas amorosas, relatos policíacos y fantásticos, comedias, etc.

Durante el segundo año la música enmudeció en el pabellón y el abogado sólo pedía en sus billetes obras de autores clásicos. En el quinto volvieron a oírse acordes musicales y el preso solicitó vino. Los que lo observaban a través del ventanuco dijeron que se había pasado todo el año tumbado en la cama, comiendo, bebiendo, bostezando y conversando consigo mismo con aire irritado. Ya no leía libros. A veces, por la noche, cogía la pluma y pasaba largo rato escribiendo, pero por la mañana lo rompía todo en pedazos. Más de una vez se le oyó llorar.

En la segunda mitad del sexto año el prisionero empezó a ocuparse con asiduidad del estudio de idiomas, de la filosofía y de la historia. Se consagró con tanto afán a esas disciplinas que el banquero apenas tenía tiempo de encargarle los libros. En el transcurso de cuatro años se solicitaron, por petición suya, cerca de seiscientos volúmenes. En ese período de entusiasmo el banquero recibió de su prisionero, entre otras cosas, la siguiente carta: «¡Mi querido carcelero! Le escribo estas líneas en seis idiomas. Enséñelas a personas entendidas. Que las lean. Si no encuentran ni un solo error, le ruego que haga disparar una escopeta en el jardín. Ese disparo me dirá que mis esfuerzos no han sido infructuosos. Los genios de todos los siglos y países hablan en distintas lenguas, pero en todos ellos arde la misma llama. ¡Ah, si supiera usted la celestial felicidad que embarga ahora mi alma al poder comprenderlos!». El deseo del prisionero fue satisfecho. El banquero ordenó efectuar dos disparos de fusil en el jardín.

Luego, después del décimo año, el abogado se sentaba inmóvil ante el escritorio y sólo leía los Evangelios. Al banquero le pareció extraño que un hombre que había devorado en cuatro años seiscientos sesudos ejemplares, empleara cerca de un año en la lectura de un libro no muy grueso y de fácil comprensión. A los Evangelios los sustituyeron la historia de las religiones y la teología.

Durante los dos últimos años de confinamiento el prisionero leyó una enorme cantidad de libros, sin discriminación alguna. Tan pronto se ocupaba de las ciencias naturales, como pedía obras de Byron o Shakespeare. A veces enviaba notas en las que solicitaba que le proporcionaran al mismo tiempo manuales de química y de medicina, una novela y algún tratado filosófico o teológico. Sus lecturas evocaban la imagen de un náufrago que nadara entre distintos pecios y, deseando salvar la vida, se agarrara con avidez tan pronto a uno como a otro.

El viejo banquero, al evocar esos recuerdos, pensaba:

«Mañana a las doce recobraré la libertad. Según el acuerdo, tendré que pagarle dos millones. Si lo hago, todo estará perdido: me quedaré completamente arruinado...»

Quince años antes no llevaba la cuenta de sus millones; ahora no se atrevía a preguntarse en qué era más pródigo, si en dinero o en deudas. Frenéticas inversiones en bolsa, especulaciones arriesgadas y una impetuosidad de la que no había podido desembarazarse ni siquiera en la vejez fueron llevando poco a poco la ruina a sus negocios, y el ricachón impávido, seguro de sí mismo y orgulloso acabó convirtiéndose en un banquero de segunda fila, que temblaba ante cada alza o baja de los valores.

—¡Maldita apuesta! —farfulló el anciano, llevándose las manos a la cabeza con desesperación—. ¿Por qué no ha muerto ese hombre? Sólo tiene cuarenta años. Va a llevarse mis últimos ahorros, se casará, disfrutará de la vida, invertirá en bolsa, mientras yo, como un pordiosero, lo contemplaré con envidia cada día y escucharé de sus labios la misma frase: «Le debo la felicidad de mi vida, déjeme que le ayude». ¡No, es demasiado! ¡Lo único que puede salvarme de la bancarrota y la deshonra es la muerte de ese hombre!

Dieron las tres. El banquero aguzó el oído: en la casa todos dormían y sólo se oía el rumor de los ateridos árboles más allá de las ventanas. Tratando de no hacer ruido, sacó de la caja fuerte la llave de la puerta que había permanecido cerrada durante quince años, se puso el abrigo y salió de la casa.

En el jardín reinaban el frío y la oscuridad. Llovía. Un viento destemplado y húmedo aullaba por todo el jardín y no daba tregua a las ramas. Por mucho que forzó la vista, el banquero no veía el suelo, ni las blancas estatuas, ni el pabellón, ni los árboles. Al aproximarse al lugar donde se levantaba el pabellón, llamó dos veces al vigilante. No obtuvo respuesta. Era evidente que se había resguardado del mal tiempo y que en esos momentos dormía en algún rincón de la cocina o del invernadero.

«Si tengo ánimo suficiente para llevar a cabo mi plan —pensaba el anciano—, las sospechas recaerán ante todo en el guardián.»

En medio de la oscuridad, buscó a tientas los peldaños y la puerta, entró en el vestíbulo del pabellón; luego, también a tientas, ganó un pequeño pasillo y encendió una cerilla. En el lugar no había ni un alma. Vio un lecho sin sábanas y la sombra negra de una estufa de hierro fundido en un rincón. Los sellos en la puerta que conducía a la habitación del prisionero estaban intactos.

Cuando la cerilla se apagó, el anciano, temblando de emoción, miró por el ventanuco.

Una vela derramaba una luz incierta en la habitación del prisionero, que estaba

sentado ante la mesa. Sólo se veían su espalda, sus cabellos y sus brazos. La mesa, los dos sillones y la alfombra que había junto a la mesa estaban cubiertos de libros abiertos.

Pasaron cinco minutos sin que el prisionero cambiara de postura. Quince años de reclusión le habían enseñado a mantenerse inmóvil. El banquero golpeó con un dedo en el ventanuco, pero el prisionero no respondió con ningún gesto. Entonces el banquero retiró con cuidado los sellos e introdujo la llave en la herrumbrosa cerradura, que emitió un gemido; luego la puerta rechinó. El banquero creía que no tardaría en oír un grito de asombro y un rumor de pasos, pero pasaron dos o tres minutos sin que el silencio de la pieza sufriera la menor alteración. El anciano decidió entrar.

Ante la mesa estaba sentado un hombre que guardaba pocas semejanzas con las personas normales. Era un esqueleto recubierto de pellejo, con largos rizos femeninos y una barba desgredada. Tenía la tez amarillenta, con un matiz terroso, mejillas hundidas, una espalda larga y estrecha, y la mano que sostenía la hirsuta cabeza era tan fina y delgada que hasta daba miedo mirarla. En sus cabellos plateaban ya las canas; al ver su rostro avejentado y demacrado, nadie habría creído que sólo tenía cuarenta años. Dormía... Sobre la mesa, ante la cabeza inclinada, había una hoja de papel cubierta de una letra menuda.

«¡Pobre hombre! —pensó el banquero—. ¡Duerme y probablemente sueña con los millones! Si cojo a este semicadáver, lo arrojo sobre el lecho y le aprieto un poco la boca con la almohada, ni siquiera el peritaje más concienzudo encontrará señal alguna de muerte violenta. Pero veamos primero lo que ha escrito.»

El banquero cogió la hoja de la mesa y leyó lo siguiente:

Mañana a las doce recobraré la libertad y el derecho a relacionarme con los hombres. Pero antes de abandonar esta habitación y volver a contemplar la luz de sol, considero indispensable decirle algunas palabras. Con la conciencia tranquila y ante Dios, que me está viendo, declaro que desprecio la libertad, la vida, la salud y todo lo que en vuestros libros se denomina «bienes de este mundo».

Durante quince años he estudiado con atención la vida terrenal. Es verdad que no he visto el mundo ni a los hombres, pero en vuestros libros bebía vinos aromáticos, entonaba canciones, vagaba por los bosques en pos de ciervos y jabalíes, amaba a las mujeres... Beldades etéreas como nubes, creadas por la magia de vuestros más geniales poetas, me visitaban por la noche y me susurraban cuentos maravillosos que me embriagaban. En vuestros libros escalaba las cimas del Elbruz y del Mont Blanc, y desde ellas veía cómo salía el sol por la mañana y por la tarde inundaba de purpúreo oro el cielo, el océano y las cumbres de las montañas; desde esas alturas veía cómo brillaba el relámpago sobre mi cabeza, desgarrando las nubes; veía verdes bosques,

campos, ríos, lagos, ciudades; escuchaba el canto de las sirenas, el tañido del caramillo de los pastores, palpaba las alas de hermosos demonios que volaban hacia mí para hablarme de Dios... En vuestros libros me arrojaba a precipicios insondables, hacía milagros, mataba, incendiaba ciudades, predicaba religiones nuevas, conquistaba reinos enteros...

Vuestros libros me concedieron la sabiduría. Todo lo que el infatigable genio humano ha creado en el transcurso de los siglos se halla comprimido dentro de mi cerebro como una pequeña bola. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.

Y desprecio vuestros libros, desprecio todos los bienes del mundo y la sabiduría. Todo es insignificante, perecedero, ilusorio y engañoso como un espejismo. Por muy orgullosos, sabios y apuestos que seáis, la muerte os borrará de la faz de la tierra como si fuerais topos y vuestra descendencia, vuestra historia y la inmortalidad de vuestros genios se congelarán o se carbonizarán con el globo terrestre.

Habéis perdido la razón y no seguís el buen camino. Tomáis la mentira por verdad y la fealdad por belleza. Cómo os sorprenderíais si, por un concurso de circunstancias, los manzanos y los naranjos, en lugar de rendir sus frutos, produjeran de pronto ranas y lagartos, o las rosas olieran a sudor de caballo; del mismo modo me sorprende yo de que hayáis trocado el cielo por la tierra. No quiero comprenderos.

Para demostraros con un hecho el desprecio que siento por vuestra vida, renuncio a los dos millones, con los que antaño soñé como si fueran el paraíso y que ahora desdeño. Para privarme de todo derecho a ellos, saldré de aquí cinco horas antes del plazo establecido, rompiendo de ese modo nuestro convenio...

Tras leer esas líneas, el banquero dejó la hoja en la mesa, besó la cabeza de ese hombre estafalario, se echó a llorar y salió del pabellón. Nunca en su vida, ni siquiera después de haber perdido fuertes sumas en la bolsa, había sentido tanto desprecio de sí mismo como en aquel instante. De vuelta en su habitación, se tumbó en la cama, pero durante largo rato la emoción y las lágrimas le impidieron dormir...

A la mañana siguiente los vigilantes, con rostros demudados, llegaron corriendo para informarle de que habían visto cómo el hombre del pabellón se descolgaba por la ventana al jardín, se dirigía a la cancela y desaparecía. Sin pérdida de tiempo, el banquero se encaminó al pabellón en compañía de los criados y constató la huida del prisionero. Para no despertar rumores innecesarios, cogió la declaración de renuncia de la mesa y, al regresar a la casa, la guardó en la caja fuerte.